



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

Semana del 9 al 15 de febrero de 2020 (DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO)

“Vosotros sois la luz del mundo”

1.- La Palabra de Dios

1ª Lectura: Is 58,7-10: Romperá tu luz como la aurora

Salmo: 111: El justo brilla como una luz en las tinieblas.

2ª Lectura: 1Cor 2,1-5: Os anuncié el misterio de Cristo crucificado

Evangelio: Mt 5,13-16: Ustedes son la luz del mundo

Monición: El tema central de esta Liturgia dominical es la Luz, que de alguna manera se nos prefiguraba ya en las reflexiones de nuestra anterior reunión de “casita”.

Esta semana, en la primera lectura, Isaías aconseja al pueblo elegido y a cada uno de nosotros a **vivir** la misericordia: Comparte tu pan, tu casa, tus vestidos, asiste al necesitado, al humillado, y surgirá tu luz como la aurora, y tu oscuridad será como el mediodía” (Cfr. Is 58.7-10).

En plena consonancia, el salmo nos dice que “El justo, clemente y compasivo, brilla como una luz en las tinieblas” (Sal 111).

En la segunda lectura, Pablo les dice a los cristianos de Corinto que no fue con sabiduría o elocuencia humana que él les predicó, sino que les habló de un Cristo crucificado, no con estrategias humanas sino con la luz y el poder del Espíritu Santo.

El Evangelio nos lo dice dos veces: “Ustedes son la luz del mundo”, y luego “Hagan, pues, que brille su luz ante los hombres” y finalmente agrega “que vean estas buenas obras, y por ello den gloria al Padre de ustedes que está en los Cielos.” ¡Qué importante es esta última parte! A veces no lo entendemos, y caemos en el activismo apostólico como si se tratara de una obra de beneficencia, cuando en realidad, lo único que importa, tomes más o tomes menos, es que por las buenas obras se dé gloria al Padre. **(PAUSA DE 4 SEGUNDOS DE**

SILENCIO, POR FAVOR)

Nos ponemos de pie, por favor, escuchemos con el corazón:

Del Santo Evangelio según San Mateo (Mt 5,13-16)

+++ Gloria a Ti, Señor

Ustedes son la sal de la tierra. Pero si la sal deja de ser sal, ¿cómo podrá ser salada de nuevo? Ya no sirve para nada, por lo que se tira afuera y es pisoteada por la gente.

Ustedes son la luz del mundo: ¿cómo se puede esconder una ciudad asentada sobre un monte? Nadie enciende una lámpara para taparla con un cajón; la ponen más bien sobre un candelero, y alumbrá a todos los que están en la casa. Hagan, pues, que brille su luz ante los hombres; que vean estas buenas obras, y por ello den gloria al Padre de ustedes que está en los Cielos.

Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

El Evangelio de esta semana es breve, ¡pero contundente e imperativo!, pues nos lleva a reflexionar profundamente acerca de qué tan buenos o malos cristianos estamos siendo, y nos da una pauta clara de cómo podremos hacerlo mejor.

Jesús está en el monte y acaba de pronunciar la última de las Bienaventuranzas. A modo de “remate”, como para cerrar con broche de oro todo lo que ya ha dicho, agrega que estamos aquí para ser “sal” y “luz”; de tal suerte que, si en los versículos anteriores de este capítulo (Mt 5,1-12) nos dice **cómo debemos ser**, ahora nos sugiere **cómo nos deben ver los demás**, y por supuesto, tiene que haber una perfecta coherencia entre una cosa y la otra. En esa COHERENCIA consiste el tantas veces mencionado “testimonio cristiano” que estamos llamados a dar.

¿Recuerdan los hermanos más antiguos en el Apostolado, el lema que se había fijado desde la Dirección General del ANE, antes del CO-CO-CO (Conversión Compromiso y Comunión)...? Bueno, la frase era: “*Hacemos lo que decimos y decimos lo que hacemos*”, que era precisamente una invitación a la **coherencia** de vida: a hacer lo que se predica, y a la **transparencia**: a sacar a la luz nuestras acciones, no para presumir de ellas, sino para glorificar a Dios. Es decir, predicamos con nuestras acciones, más que con los labios, y no ocultamos ante los demás lo que somos y hacemos... Pues entendemos que, de alguna manera, eso es ser “Sal” y “Luz”. Veámoslo:



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

Para ir adentrándonos en el análisis de esta recomendación de Nuestro Señor Jesucristo, entendamos por ahora que la principal función de la sal, además de ayudar a preservar las carnes de la podredumbre, consiste en resaltar los sabores que, de por sí, tienen las comidas, y que la luz sirve para alumbrar el entorno, evitando que reine la oscuridad.

Así vemos, desde dos perspectivas (una activa y otra limitativa o restrictiva), las funciones principales de la sal y de la luz. Resaltar sabores es una función activa, mientras que evitar el reino de la oscuridad es una labor restrictiva.

Sobre la luz no es necesario “aclarar” mucho, ¿verdad?, su función de aclarar es bastante clara ☺... En cambio, sí vemos la necesidad de explicar dos pequeñas cuestiones, como datos de contexto, acerca de la sal... Quizás ya muchos lo hayan oído o leído, pero tal vez alguien no, y por ese “alguien”, bien vale la pena recordarlo todos de nuevo:

1º) Que en el tiempo en que Jesús habla, obviamente no hay neveras, refrigeradores o heladeras, de tal suerte que la sal es el único recurso disponible para “curar” las carnes (como se hace aún hoy con el charque, el tasajo o la cecina), para así preservarlas de la corrupción, de la podredumbre, y poder guardarlas por más tiempo, conservando su buen gusto y salubridad.

2º) Que en aquella época, la sal era un recurso relativamente escaso y de muchísimo valor, precisamente por su uso en la preservación de carnes (además de la múltiple utilización medicinal que se le daba, y por la carencia de la tecnología que luego le permitió al hombre extraerla industrialmente del agua marina, etc.)....

De hecho, por varios siglos, la sal ha sido un “medio de pago”, como lo es hoy el dinero; de allí proviene precisamente el término “**salario**”, para referirse a la remuneración o sueldo que se le paga al trabajador a cambio de su esfuerzo y su tiempo... Se pagaban sueldos y se compraban cosas directamente con sal, antes de que hubiera el dinero...

Pues bien, el conocimiento de estos datos nos permite entender mejor a qué quería probablemente referirse el Señor al decirnos que “*somos la sal de la tierra*”... (o más bien que estamos llamados a serlo): Debemos preservar, curar, evitar la corrupción y la corruptibilidad, brindar una especie de “escudo” o protección moral y espiritual a las actividades en las cuales intervenimos... pero también tenemos que “*impregnar de sabor a Cristo*” las actividades que realizamos, los medios en los cuales nos desenvolvemos, las relaciones que entablamos, etcétera...

La pregunta del millón vendría siendo entonces ¿cómo se puede “imprimir” ese “sabor a Cristo” en las cosas que hacemos y aún en las personas con las que nos relacionamos...? Las respuestas *más básicas y elementales* podrían ser, por ejemplo: “hablando de Cristo”, “exhibiendo orgullosamente nuestro carácter de católicos comprometidos”, “invitando a la conversión a las personas que nos rodean”, etcétera, etcétera. ¿Verdad?

Eso puede estar muy bien, si tenemos el debido cuidado de no actuar farisaicamente, de no ser hipócritas, de no ser inoportunos, pesados o desubicados, pero como decíamos, eso es **demasiado elemental y básico**, y nuestro grado de madurez en la fe debe llevarnos más lejos:

Muchas veces, ni siquiera es necesario o conveniente aparecer levantando estandartes, agitando banderas, haciendo aspavientos, repitiendo las cosas, etcétera, sino que basta con dejar un muy buen testimonio de solidaridad, de humildad, de rectitud, de honestidad, en fin... ¡de virtud...!

Es decir: debemos hacer *que sean nuestros actos*, mucho más que nuestras palabras, los que den testimonio de nuestra fe, los que evangelicen, los que impriman y dejen ese “sabor a Cristo”, allí por donde nosotros pasamos.

Aquí es necesario destacar algo: Si analizamos bien, notaremos que en verdad la sal no “da sabor” a las cosas, en sentido estricto, sino que, como lo dijimos al principio: *ayuda a resaltar el sabor propio de cada uno de los alimentos*, que no es lo mismo, aunque parece igual... Pero pensemos: si fuera el sabor de la sal lo que



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

predominara en un platillo, esa comida resulta espantosa e incomible. ¿Te imaginas un guiso con sabor predominante a sal...? ¡Horrible!

De la misma manera, la luz está para alumbrar el entorno, y no para alumbrarse a sí misma... Una vez más, entonces, la simbología utilizada por el Señor nos lleva al mensaje predominante del Evangelio, de que el “yo” debe desaparecer en lo que hagamos, para dar verdadera Gloria a Dios y edificar su Reino sobre la Roca, que es Cristo. Lo que importa es el Mensaje, no el mensajero; el Evangelio, no el evangelizador.

Si nosotros aprendemos a actuar sutil pero eficazmente, como la sal y la luz, a la hora de evangelizarnos y evangelizar, el Espíritu Santo logrará, por nuestro intermedio, “*inculturar*” el Evangelio de Cristo en los más diversos ambientes y con la más absoluta naturalidad.

Es decir que, actuando delicada y astutamente, podremos incorporar los valores del Evangelio con sencillez y espontaneidad en las diversas culturas y subculturas dentro de las cuales interactuemos, sin que por ello debamos “rebajar” el contenido programático o el grado de exigencias del Evangelio, teniendo que hacerlo más “light” para que pueda ser digerido, etcétera.

Cada vez estamos más convencidos acerca de la eficacia, al menos pre-evangelizadora (sino directamente evangelizadora) del testimonio personal y de la bondad, aunque no por ello dejarán de ser siempre necesarios la predicación, la presentación del Kerigma, el anuncio y la denuncia profética, etcétera, pero eso, ya una vez que las “defensas” hayan sido bajadas, a causa del testimonio sutil pero inequívoco que demos con nuestra “forma de ser”.

Lo que nos interesa destacar ahora, en términos prácticos, es lo que adelantábamos al principio: que continuando con el discurso de las Bienaventuranzas, en el cual Jesús nos indica con claridad **cómo debemos ser**, ahora el Señor nos dice **“cómo nos deben ver”**; y por supuesto, tiene que haber una coherencia absoluta entre ambas cosas.

Debemos resplandecer con la Luz de Dios, y toda la Liturgia del domingo nos lo recordaba con insistencia, como el Salmo 111, que dice: *“Quien es justo, clemente y compasivo, como una luz en las tinieblas brilla. / Quienes compadecidos, prestan y llevan su negocio honradamente, jamás se desviarán”*.

Es sorprendente también ver cómo Isaías (en la Primera Lectura dominical) nos explicaba con tanta claridad, pero adelantándose en ocho siglos, lo que Jesús nos quiere decir ahora en su Evangelio, al expresarnos: **“Hagan, pues, que brille su luz ante los hombres; que vean estas buenas obras, y por ello den gloria al Padre de ustedes que está en los Cielos.”**

(NOTA PARA EL LECTOR: Leer lo que sigue con voz clara y en forma pausada, dejando un silencio de dos tiempos después de cada punto, para que los hermanos puedan meditar muy bien este pasaje del Libro del profeta Isaías -Is 58,7-10-):

Esto dice el Señor: “Comparte tu pan con el hambriento, abre tu casa al pobre sin techo, viste al desnudo y no des la espalda a tu propio hermano.

Entonces surgirá la luz como la aurora y cicatrizarán de prisa tus heridas; te abrirá camino la justicia y la gloria del

Señor irá detrás de ti.

Entonces clamarás al Señor y él te responderá; lo llamarás y él te dirá: “Aquí estoy”.

Cuando renuncies a oprimir a los demás y destierres de ti el gesto amenazador y la palabra ofensiva;

Cuando compartas tu pan con el hambriento y sacies la necesidad del humillado, brillará tu luz en las tinieblas y tu oscuridad se volverá como la luz del mediodía”. **Palabra de Dios / Te alabamos Señor.**

En una traducción más literal de este pasaje, desde el hebreo antiguo, leemos que Dios nos dice, por boca de Isaías: *“Cuando partas tu pan con el hambriento, hospedes a los pobres sin techo, vistas al desnudo y no te cierres a tu propia carne, entonces despuntará tu luz como la aurora...”*



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

Esta expresión de **“no cerrarte sobre tu propia carne”** nos ha parecido fabulosa: ¡increíble! ¡Con cuánta frecuencia el hombre y la mujer de hoy, aún nuestros hermanos y hermanas en el Apostolado, viven *“cerrados en su propia carne”*...! Revolucionándose en sus prejuicios, sus celos, sus propias ideas... imposibilitados de ver las cosas desde una perspectiva que no sea sólo la suya... Y hoy el Señor nos dice: *Serás sal y luz para tu entorno, sólo en la medida en que seas capaz de salir, verdaderamente de ti mismo, para comprender las cosas y comenzar a darte a los demás sin reservas; para comenzar a hacer lo que debes, sin esperar obtener algo a cambio, sin procurar salir con tu gusto, sin tratar de sacar ventaja alguna... Serás sal y luz cuando te hagas, de verdad, Eucaristía para los demás.*

Por su parte, en la misma Liturgia de este domingo que pasó, San Pablo nos recuerda muy bien que no son las palabras bien cuidadas o las capacidades oratorias las que reproducen el verdadero fruto para Gloria de Dios: *“Cuando les hablé y les prediqué el Evangelio, no quise convencerlos con palabras de hombre sabio; al contrario, los convencí por medio del Espíritu y del poder de Dios, a fin de que la fe de ustedes dependiera del poder de Dios y no de la sabiduría de los hombres”.* (1Cor 2,4-5).

Pero resulta que muchas veces hablamos con la sabiduría de los hombres, y no con el Poder y la Justicia de Dios, y así, la “fe” que compartimos, no depende de Dios, sino de los hombres, está mediada por los hombres, eventualmente cargada de subjetividades, de puntos de vista encontrados, y por ello NO contribuye ni con la paz ni con la unidad. Por eso a veces nuestra labor evangelizadora no es eficaz, y no es porque la semilla haya caído en mal terreno, sino porque quizás no era buena semilla... No había sido purificada por la sana intención...

En una ocasión nos tocó visitar un comedor del CASANE, y vimos que había unos cuantos indigentes a los que no se les había permitido entrar, porque habían llegado algunos minutos más tarde de la hora establecida para la catequesis. *“Si no entran a la evangelización, se quedan sin comida”*, era la lógica, absolutamente equivocada, que estaba en el fondo de aquella decisión. El error estaba en que se creía que “su evangelización”, es decir, el que esta gente abriera su corazón a Dios, dependía más de *nuestra* predicación, que del testimonio de amor que pudiésemos darles, y de la acción del Espíritu Santo...

El Señor nos llama a ser sal y luz, advirtiéndonos que la sal que deja de salar es tirada a la calle, y pisoteada por toda la gente, y recordándonos que la luz debe ser exhibida y puesta en lo alto, para alumbrar a todos... Si juntamos toda la simbología, todo el significado profundo de la sal y de la luz, que ahora hemos tratado de analizar, notaremos que vamos aproximándonos **irremediablemente** a la sentencia que el Señor hará pocos minutos después, en medio de este su “Sermón de la Montaña”: **“Por su parte, ustedes sean perfectos, como perfecto es su Padre que está en el Cielo”**... (Mateo 5,48).

Y decimos que la aproximación es “irremediable”, porque una parte importante de nuestra “naturaleza” es por sí misma imperfecta, y esto nos anticipa que será necesario siempre “hacer violencia” con uno mismo, para procurar acercarse a ese grado de perfección que Jesús nos pide. Al final de cuentas, la fórmula para saber si vamos bien, es sencilla: si lo que estás haciendo te cuesta, te duele, te exige, te contraría... vas por buen camino. ¡Ánimo, y que el Señor nos ayude!

3.- Preguntas para orientar la reflexión: (Leer pausadamente cada inciso, y dejar un instante de silencio después de cada pregunta, para permitir la reflexión de los hermanos)

- a) ¿Cuál es el testimonio que estoy dejando con mi vida? ¿Qué será lo primero que la gente dice, cuando habla de mí?
- b) Viendo la vida en mi familia, ¿seré realmente luz que guíe e ilumine a mis seres queridos? ¿Querrán los más jóvenes “ser un día como soy yo ahora”?
- c) Y mis hermanos en el apostolado ¿qué piensan y dicen de mí? ¿Podrán decir de mí que soy sal y luz...?
- d) Si me tocara morir en este preciso instante, ¿cuál sería el recuerdo que quedaría de mí en los demás...?

HAGAMOS EL EJERCICIO DE AYUDARNOS A RESPONDER ESTAS PREGUNTAS EN LA PEQUEÑA COMUNIDAD

4.- Comentarios de los hermanos: Luego de un momento de silencio se concederá la palabra a los integrantes



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

de la Casita para que expresen sus opiniones. Se estimulará la participación de todos. Conviene leer e ir respondiendo una por una a cada pregunta.

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo. Cánones:

782 El Pueblo de Dios tiene características que le distinguen claramente de todos los grupos religiosos, étnicos, políticos o culturales de la historia (por las siguientes razones):

- Es el Pueblo de Dios: Dios no pertenece en propiedad a ningún pueblo. Pero Él ha adquirido para sí un pueblo de aquellos que antes no eran un pueblo: “una raza elegida, un sacerdocio real, una nación santa” (1Pe 2,9).
- Se llega a ser miembro de este cuerpo, no por el nacimiento físico, sino por el “nacimiento de arriba”, “del agua y del Espíritu” (Jn 3,3-5), es decir, por la fe en Cristo y el Bautismo.
- Este pueblo tiene por jefe [cabeza] a Jesús el Cristo [Ungido, Mesías]: porque la misma Unción, el Espíritu Santo, fluye desde la Cabeza al Cuerpo, es “el Pueblo mesiánico”.
- “La identidad de este Pueblo, es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo”.
- “Su ley, es el mandamiento nuevo: amar como el mismo Cristo nos amó (LG 9; Cfr. Jn 13,34)”. Esta es la ley “nueva” del Espíritu Santo (Cfr. Rom 8,2; Gal 5,25).
- Su misión es ser la sal de la tierra y la luz del mundo (Cfr. Mt 5,13-16). “Es un germen muy seguro de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano”. (LG 9).
- “Su destino es el Reino de Dios, que Él mismo comenzó en este mundo, que ha de ser extendido hasta que Él mismo lo lleve también a su perfección” (LG 9).

736 Gracias al poder del Espíritu Santo, los hijos de Dios pueden dar fruto. El que nos ha injertado en la Vid verdadera hará que demos “el fruto del Espíritu, que es caridad, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza” (Gal 5,22-23). “El Espíritu es nuestra Vida”: cuanto más renunciemos a nosotros mismos, más “obramos también según el Espíritu” (Cfr. Gal 5,25):

Por la comunión con él, el Espíritu Santo nos hace espirituales, nos restablece en el Paraíso, nos lleva al Reino de los cielos y a la adopción filial, nos da la confianza de llamar a Dios “Padre” y de participar en la gracia de Cristo, de ser llamados hijos de la luz y de tener parte en la gloria eterna (San Basilio, Spir. 15,36).

738: Así, la misión de la Iglesia no se añade a la de Cristo y del Espíritu Santo, sino que es su sacramento: con todo su ser y en todos sus miembros ha sido enviada para anunciar y dar testimonio, para actualizar y extender el Misterio de la Comunión de la Santísima Trinidad: Todos nosotros que hemos recibido el mismo y único espíritu, a saber, el Espíritu Santo, nos hemos fundido entre nosotros y con Dios. Ya que por mucho que nosotros seamos numerosos separadamente y que Cristo haga que el Espíritu del Padre y suyo habite en cada uno de nosotros, este Espíritu único e indivisible lleva por sí mismo a la unidad a aquellos que son distintos entre sí... y hace que todos aparezcan como una sola cosa en él. Y de la misma manera que el poder de la santa humanidad de Cristo hace que todos aquellos en los que ella se encuentra formen un solo cuerpo, pienso que también de la misma manera el Espíritu de Dios que habita en todos, único e indivisible, los lleva a todos a la unidad espiritual (San Cirilo de Alejandría, Commentarius in Iohannem 11,11: PG 74, 561).

739: Puesto que el Espíritu Santo es la Unción de Cristo, es Cristo, Cabeza del Cuerpo, quien lo distribuye entre sus miembros para alimentarlos, sanarlos, organizarlos en sus funciones mutuas, vivificarlos, enviarlos a dar testimonio, asociarlos a su ofrenda al Padre y a su intercesión por el mundo entero. Por medio de los sacramentos de la Iglesia, Cristo comunica su Espíritu, Santo y Santificador, a los miembros de su Cuerpo.

777: La palabra “Iglesia” significa “convocación”. Designa la asamblea de aquellos a quienes convoca la palabra de Dios para formar el Pueblo de Dios y que, alimentados con el Cuerpo de Cristo, se convierten ellos mismos en Cuerpo de Cristo.

2472: El deber de los cristianos, de tomar parte en la vida de la Iglesia, los impulsa a actuar como testigos del Evangelio y de las obligaciones que de él se derivan. Este testimonio es transmisión de la fe en palabras y obras. El testimonio es un acto de justicia, que establece o da a conocer la verdad (Cfr. Mt 18,16): Todos los fieles cristianos, dondequiera que vivan, están obligados a manifestar, con el ejemplo de su vida y el testimonio de su palabra, al hombre nuevo del que se revistieron por el bautismo y la fuerza del Espíritu Santo que les ha



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

fortalecido con la confirmación (AG 11).

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:

CM-30 La consagración del mundo, hecha por cada comunidad, por cada grupo y por la Iglesia universal, es un acto solemne de solidaridad salvífica, un compromiso solemne con la misión que Yo les confío al decirles “ustedes son la sal de la tierra, ustedes son la luz del mundo...” Cada individuo, en particular, no puede unirse a esta consagración si no asume conscientemente su parte de corresponsabilidad por el mundo que Nuestros Corazones le confían, corresponsabilidad que es una misión honorífica, pero también llena de sacrificios.

7.- Virtud del mes: La Pobreza espiritual (Catecismo de la Iglesia Católica: 520—2544—2545—2546)

Esta Semana veremos el canon 2544, que dice lo siguiente:

2544 Jesús exhorta a sus discípulos a preferirle a Él, respecto a todo y a todos, y les propone “renunciar a todos sus bienes” por Él y por el Evangelio (Cfr. Lc 14,33 y Mc 8,35). Poco antes de su pasión les mostró como ejemplo la pobre viuda de Jerusalén que, de su indigencia, dio todo lo que tenía para vivir. El precepto del desprendimiento de las riquezas es obligatorio para entrar en el Reino de los cielos.

Y La Gran Cruzada nos dice al respecto:

CM 30 Otra vez hemos hablado sobre esta sentencia: “Bienaventurados los pobres de espíritu”. Ahora para su provecho, les diré que a los verdaderos pobres de espíritu los He hecho Yo, dándoles esta virtud a los elegidos en distinta medida.

(...) El humilde, por tanto, es arca de luz, por la cual ve su propia miseria y goza de ella, porque de ella se desprende más Mi riqueza. El pobre de espíritu se considera a sí mismo cómo ha sido, cómo es y cómo sería; ve los abismos en los cuales caería sin Mí.

Verdaderamente, feliz el que es pobre de soberbia y humildemente se reconoce como necesitado de Mí. Espiritualmente actúa como conviene al humilde, y por eso se arroja en Mis brazos, confiado y agradecido. La humildad genera amor y el amor produce humildad. La felicidad es el amor, no la propia miseria, es el amor confiado, que nace al verse miserables, pero acogidos por Mí.

8.- Propósitos para esta semana: Revisar los de la semana anterior y tomar nota:

Con el Evangelio: Analizaré hasta qué punto doy testimonio de que Cristo vive en mí. Pensaré con qué acciones concretas podría hacerlo mejor, y comenzaré a hacerlo ahora.

Con la virtud del mes: Esta semana procuraré cumplir mis diferentes labores con humildad, siguiendo el ejemplo de mi Madre, María.

9.- Comentarios finales: *Se concede nuevamente la palabra a los hermanos para referirse brevemente a los textos leídos o a cualquier otro tema de interés para la Casita, el Apostolado o la Iglesia, en general.*